

La Sala Africana del Museo Nacional

Por Mercedes Muriedas

Entramos en la Sala Africana del Museo Nacional.

Confieso que soy afortunada, porque en este caso el verbo en plural no es mera fórmula periodística. Es una realidad. Me acompaña Lydia Cabrera, gran conocedora de nuestro folklore, a quien se debe el arreglo de esta Sala. Fui a ella en busca de respuestas. Y me regaló esta "visita dirigida".

—“Esta sala, Doña Mercedes, —me advierte zumbonamente— no era nada difícil suponerlo, (y es lógico aún que así sea) es la nota discordante, la oveja negra del Palacio de Bellas Artes. ¡Aquí, ya lo ves, no hay más que cosas de negros! Muchos pensarían que hubiese sido más decoroso para la cultura nacional, quemar esta serie de objetos deleznable, desprovistos para ellos de interés documental, y sobre todo inoportunos, porque los enfrentan con una molesta realidad, —pero realidad tan cubana como ineludible—, y le muestran al turista, generalmente ávido de “vodú” todo un aspecto en su concepto impresentable, infamante... aunque no menos interesante de la vida de nuestro pueblo”.

Detenida junto a los tambores rituales, (nos confiesa que es una espléndida colección que de no estar aquí le gustaría verlos en el Musée de l'Homme), Lydia Cabrera nos habla del antiguo e inenarrable Museo-Rastro de la calle de Aguiar que almacenaba con estas piezas, hoy en exhibición, muebles, pinturas y cachivaches de todas clases, heroicamente defendidas por el benemérito Rodríguez Morey, tanto polvo, tanta mugre y tanto comején, deben su rescate exclusivamente, a la comprensión, al espíritu científico y alerta del doctor Octavio Montoro. Sin él, jamás se hubiera organizado esta sala.

Montoro comprendió el interés que presentaba para la etnografía, para el estudio de las religiones africanas que se conservan en Cuba, y en general, para el estudio comparativo de estas religiones, un material susceptible además de enriquecerse en lo futuro, con mayor número de piezas, y de piezas originales; antecedentes africanos que han de adquirirse para un estudio comparativo.

Y mientras algunos letrados, o maestros, doctores, etc. más o menos relacionados con la gran obra de Montoro, (tan inteligentemente calorizada por el Presidente Batista, sin cuyo apoyo decidido justo es decir que no habría Museo, —personalmente nunca pensé que fuera posible—, nos confiesa L. C.) en el fondo, se ruborizan de la presencia africana en el flamante Museo, Octavio Montoro libre de prejuicios aldeanos o de inconfesables complejillos raciales, muy

bien enterado del enorme desarrollo que en América y en toda Europa han adquirido los estudios etnológicos y etnográficos me confió la clasificación y el arreglo de esta sala —continúa informándonos nuestra asesora—, y sonriéndose agrega:

—Puede comprobar, ¡era muy divertido! en los días que pasé aquí trabajando, que la mentalidad, de más de uno de nuestros más destacados compatriotas, llenos de importancia, o repletos de “sophía”, es inimaginablemente pueblerina. Algunos de estos notables, se indignaban candorosamente al enfrentarse con un tambor”.

Me atrevo a preguntar la causa y obtengo una clara respuesta. Es la respuesta responsable, (recuérdese que fui en busca de respuestas) de la investigadora que labora con objetividad rigurosa.

—“Esta reacción debe obedecer a dos causas. En algunos casos a una falta de información. En otros... —continúa sonriente, nos cuenta Levy Strauss en sus “Tristes Tropiques”, que ya contratado por la Universidad de Sao Pao, en 1932, y en vísperas de embarcarse al Brasil para estudiar a los indios, Souza Dantas, que fue largos años embajador del Brasil en Francia, muy afrancesado, muy querido en París, (y en quien como advierte Levy Strauss, en efecto, “la ascendencia india no era dudosa”, le asegura enfáticamente que como sociólogo descubriría en su país cosas interesantísimas, “apasionantes” pero... ¡ah, los indios! Indios no encontraría uno solo.

Como ahora en Cuba, y sobretudo entre ciertos médicos intelectuales, el brasileño todavía entonces hace 28 años, en su mayoría productos más o menos cercanos de mestizaje, se espantaban por la menor alusión a los indígenas o a los negros. Actualmente es otra la actitud del Brasil. Las innumerables y valiosas publicaciones, los centros de investigación, autores como Gilberto Freyre, universalmente conocidos; la labor y los cursos de especialistas extranjeros, —¡que lástima que no vengán a Cuba a formar discípulos!— dan buena muestra de este cambio”.

“Es pues por indocumentación, resume Lydia Cabrera, ¡asombrarse de estas cosas y no saber situarlas ni valorarlas después de Tylor y de Frazer, que ya han envejecido! o por complejo evidente de mestizaje que el estudio de lo africano, elemento tan importante en la sociedad cubana, produce tal horror.

La mayor o menor intensidad de este horror —afirma— me sirve para establecer los grados del mestizaje en aquellos que lo experimentan.

Los antropólogos europeos se han interesado desde hace muchos años, y aún más de treinta

años acá por el estudio de las creencias y las prácticas religiosas del Africa Occidental. Estos estudios se han extendido a aquellos países esclavistas que en el pasado, por la trata, y en el presente por el número considerable de descendientes de africanos conservan como en el Brasil, Haití y Cuba, —y en Cuba quizá más genuinamente que en ninguna parte— los cultos, las creencias y el folklore de los antepasados.

(¡Que lástima —exclama, que los blancos no hubiesen sido más conservadores de sus buenas tradiciones!)

—Si la religión en los países de origen de nuestros negros, tiene, como es sabido, una influencia fundamental en la vida individual y colectiva del africano puede asegurarse que ésta, hoy sigue aquí ejerciendo la misma influencia poderosa en los criollos, sus descendientes. Cuba, hasta los tuétanos, está impregnada de africanismos; y de misticismo africano. No es posible negarlo, y es muy útil saberlo.

Los “omódei”, los criollos, como les llamaban los viejos a los jóvenes, han sabido, —y han podido— conservar, con una tenacidad insospechable, y en un estado asombrosamente puro, estas religiones, estos cultos, representados aquí con las piedras sagradas, los objetos rituales, de los distintos grupos étnicos que por la fuerza de la ambición humana, de las necesidades económicas fueron llegando a Cuba en el incansante tráfico de ébano... Al extremo, que estas religiones pueden estudiarse perfectamente en Cuba, a pesar del inevitable y superficial sincretismo que las disfraza”.

Recordamos el interés que nos despertó por estas cuestiones el artículo “El sincretismo religioso de Cuba”, publicado en la revista “Orígenes”. Su autora continúa exponiendo todos los detalles referentes a los materiales existentes en el Museo, la superioridad representativa del grupo lucumí, los yorubas, que aquí recibieron el nombre genérico de lucumí; su procedencia de Nigeria y de las regiones centrales del Dahomey y Togo (Togoland); las fuertes reminiscencias que se encuentran en Matanzas y cómo los yorubas, primero en Africa, y en Cuba después, impusieron su religión, su cultura, que era superior a la de otros grupos importados por la trata.

Los yorubas, nuestros famosos lucumí, —nos documenta infatigable nuestra amable “cicerone”— se extendían desde Benin a Togo. Los nombres de Oyo, la vieja ciudad, Ilá Ifé, o Ilú Ifé, pueblo de los Orishas (dioses) y donde Obatalá fabricó a los hombres, son conocidos de nuestros viejos informantes; como los de Abeokuta, Ilorín, Ibadán, que aparecen en algunos cantos y relatos. Los franceses llaman nagós a los lucumí —yorubas— del oeste. Anagó dicen mis maestros... (Cuando Lydia Cabrera dice sus “maestros” habla en serio, su actitud de humilde curiosidad, ciertamente filosófica, le ha permitido llegar a poseer esa riqueza de datos que

nos ofreció en "El Monte" y que nos promete en "Paleros y Santeros".

¡Es extraordinario —subraya con entusiasmo— como el negro criollo no ha roto sus raíces!

La religión yoruba, —Regla de Ocha, se dicen aquí— por el desarrollo del poderío de los Yorubas, de sus reinos, —y lo saben por tradición oral **nuestros lucumis**— aclara L. C., tuvo un florecimiento y una radiación superior a cuanto podían alcanzar otras tribus del Africa Occidental. Así, fue en Cuba la religión de estos lucumis, la que primó sobre todas las demás trasplantadas con los esclavos que abastecieron los mercados insaciables de la América Española.

Nos detenemos frente a los "orishas" agrupados ordenadamente bajo el cristal de la vitrina que los contiene. Figuran a manera de extraño Olimpo y así nos reafirma en nuestro pensar la voz de Lydia Cabrera cuando nos sugiere que para comprender esta religión o Regla de Ocha, es conveniente recordar el politeísmo de los griegos. Los orishas, que buscaron sus equivalentes en el santoral católico— son personas sobrenaturales y omnipresentes. Como los dioses egipcios, como los indios, que aún se adoran en la India.

Muchos de estos orishas, son fuerzas personificadas de la naturaleza. Trato de identificarlos pero se nos echa encima la hora de cerrar el Museo y la presencia de un "diablito" me atrae hacia el espacio que ocupa el Cuarto de los Misterios, el Kufón Ndibón, de una Potencia o agrupación ñáñiga. Siempre me fascinó aquella estampa de la época colonial encontrada en los textos de Historia de Cuba y que creo se titulaba "Día de Reyes", en que se representaba un cabildo. Al interrogar entonces me constataban rápidamente que eran cosas de "ñáñigos". Y siempre quedaba la figura un tanto grotesca y a la vez majestuosa e impresionante del "diablito" que parecía llamarme desde las páginas del encartonado (no por la encuadernación, precisamente, sino por la rigidez) libro de clases. De modo que ahora tengo una cita con el "diablito" y reclamo a mi complaciente "intérprete" para que establezca el diálogo.

Así me entero que los Irems representan a los iniciados muertos en tiempos lejanos y que cada gesto responde a una frase perteneciente a la liturgia ñáñiga. Su máscara expresa el misterio característico del grupo: es Akanarán. La cortina azul oculta el ángulo denominado Fó Ekue, en que se deposita el Secreto. —un tambor— que no pueden contemplar ojos profanos. Por este trazo mágico el espíritu de un Pez Sobrenatural, Tanze, y de una mujer, Sikán, animan el tambor, Ekue, que es objeto de la adoración de los ñáñigos.

Esta sociedad secreta, que en Cuba se llamó Abakuá, (cuero de chivo) tiene sus remotos orígenes en la tribu de los Ekoi. —Appapa Efor Ekoi—, que se divide el Calabar con la tribu de los Bibí, de los Efik y de los Orún. El estudio de esta sociedad presenta los mismos rasgos milenarios y comunes a todas las de este tipo. Los ritos de iniciación, la formación de nuevos "tierras", (grupos) los ri-

tos fúnebres... El lenguaje, la música... todo encierra un enorme interés. Se calculan los afiliados al ñáñiguismo en número de veinte mil, tal vez más. Y la mayoría pertenece a la raza blanca.

Tocamos el tópico de la leyenda negra de los ñáñigos y el sacrificio de los niños. "¡No, no sacrifican niños, eso es falso!". Afirma Lydia Cabrera.

—“Y vámanos, m edice, que ésto (por el recorrido) va debe terminar”. Aún me permite echar un vistazo a un último escaparate. Es el de los congos. —los Malombe— nobremente representado todavía. Pero me señala una Nganga, cazuela mágica, especie de condensador cósmico, donde guarda, llama y da órdenes el brujo a los Espíritus que le sirven.

¿Y esos dos pequeños muñecos junto a la Nganga? —creo que será mi pregunta final... por esta tarde—.

—“Esos dos muñecos mágicos de palo, me explica muy seriamente Lydia Cabrera mientras sonríe traviesamente, son dos chicherekú. Y para asegurarse la salida agrega con intención:

—“De noche pasean por las Salas del Museo”.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA